

DOMINGO XXX – ORDINARIO (CICLO A)

- Éxodo 22,20-26.** *Si explotáis a viudas y huérfanos se encenderá mi ira contra vosotros.*
- Salmo 17.** *Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza.*
- 1 Tesalonicenses 1,5c-10.** *Abandonásteis los ídolos para servir a Dios y vivir aguardando la vuelta de su Hijo.*
- Mateo 22,34-40.** *Amarás al Señor tu Dios y al prójimo como a ti mismo.*

COMENTARIO A LAS LECTURAS

Acabamos de escuchar de labios de Jesús uno de los puntos álgidos de la revelación cristiana. A lo largo de la historia de la salvación y de muchos modos Dios ha ido revelándonos su mensaje; «*en los últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo*» (Heb 1,2). En esta Revelación de Dios que compromete a todo cristiano hay una jerarquía de valores. Lo fundamental es el compromiso sincero de entrega y amor a Dios por medio del amor al prójimo.

Los fariseos, que han escuchado las parábolas de Jesús, se dan cuenta de que Jesús predica una enseñanza nueva que les perjudica seriamente en sus privilegios. Buscan, entonces, un pretexto para acabar con él rápidamente. Por eso le dirigen una serie de preguntas capciosas para ponerlo a prueba y suspenderlo delante del pueblo. Acabamos de escuchar una de esas preguntas: «*Maestro, ¿cual es el mandamiento principal de la ley?*»

La cuestión responde a una preocupación hondamente sentida en el grupo de los fariseos y doctores de la ley. El estudio de la ley de Moisés les había llevado a deducir de ella una serie interminable de 613 preceptos y normas de comportamiento. Ante la imposibilidad de recordar y practicar todos esos preceptos, y ante las distintas respuestas que cada escuela rabínica daba, surgió esa pregunta.

La respuesta de Jesús supera de nuevo el estrecho horizonte del planteamiento que le hacen, y se sitúa al nivel de las opciones profundas... va a la raíz. No se trata de ver cual de los mandamientos es el más importante de entre una lista muy larga, sino de buscar el origen, el sentido, de todos ellos.

Jesús responde con dos citas muy conocidas por parte de todos los judíos: el amor a Dios y el amor al prójimo ya estaba contenido en la Ley de Moisés. La primera, incluso, era habitualmente rezada por todos los judíos varias veces al día en la Shemá, y la segunda tenía una amplia incidencia en textos como el que hemos escuchado en la primera lectura. Jesús lo que hace es unir el amor a Dios y el amor a los hombres de una forma inseparable de tal forma que ambos se implican mutuamente y se comple-

mentan de forma maravillosa y bella. Ambos mandamientos “sostienen la ley entera y los profetas” dice Jesús. Sin ese amor indivisible a Dios y al prójimo toda práctica religiosa pierde sentido y lustre. Estamos en el centro neurálgico de la vida cristiana.

En nuestro tiempo esta respuesta de Jesús tiene un significado muy especial. Vivimos en un mundo que ha marginado en buena medida a Dios, y a veces se piensa que con “ser buenos” ya nos basta. Vemos como surgen muchas ONG’s, y en buena medida se habla de solidaridad y de filantropía. Vemos también como nos volcamos en aras a ayudar cuando hay cualquier tipo de desgracias. Nos debemos alegrar de todo ello. Pero a veces acallamos nuestra conciencia con una colaboración o con una mera limosna, más o menos generosa, en un momento puntual. ¿Es ese el amor cristiano? ¿Es sólo así como nos ha amado Cristo?

Por otro lado, también podemos correr el riesgo de quedarnos en un mero amor vertical, donde expresamos nuestro culto a Dios con piedad y hasta con verdadero sentimiento. Pero nos podemos quedar con que “con ir a misa basta” olvidándonos del mundo y de los hermanos. ¿Sólo con eso seríamos hombres y mujeres de Dios? ¿Es sólo así como ha amado Cristo al Padre? Ser cristiano es un regalo de Dios y por eso está por encima y más allá de nuestra mera condición ética; pero vivir en cristiano implica necesariamente esa dimensión ética.

Ser cristiano es amar a Dios, y cumplir con él, y es amar al prójimo, y cumplir también con él. El amor se muestra en las obras. Más aún, mostramos nuestro amor a Dios cuando amamos en verdad al prójimo, más exactamente al próximo, –que no hace falta irse muy lejos para amar–, y nuestro amor al prójimo es realmente auténtico cuando es reflejo del amor de Dios en nosotros. ¿Cómo debo amar a Dios? Haciéndolo sobre todas las cosas; ¿cómo debo amar al prójimo? Como lo hace Dios mismo. El amor es, por tanto, «la plenitud de la ley» (Rom 13,10). Ahora se trata de hacerlo con obras y de verdad. La Eucaristía que celebramos nos llenará de ese amor de Dios que nos impulsará a amar de verdad. Así sea.

SUGERENCIAS PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR

Expón lo que te haya llamado más la atención de las lecturas, después de haberlas leído y reflexionado antes de la reunión.

El amor es el centro de la vida cristiana, ya que Dios es Amor y nosotros encontramos nuestra plenitud en el Amor. Pero ¿no hemos podido vaciar el sentido del amor en nuestra sociedad? El amor a veces conlleva sacrificio, los mayores lo sabemos bien, pero que estamos dispuestos a sacrificar por Dios y por los demás? ¿Cómo cumplir mejor el mandamiento del amor a Dios? ¿Y el del amor a los hermanos? Comenta algunas obras de amor que convendría hacer en vuestra comunidad.

PIENSO, REZO Y ESCRIBO MI COMPROMISO PERSONAL
